

Recordatorio de una infamia

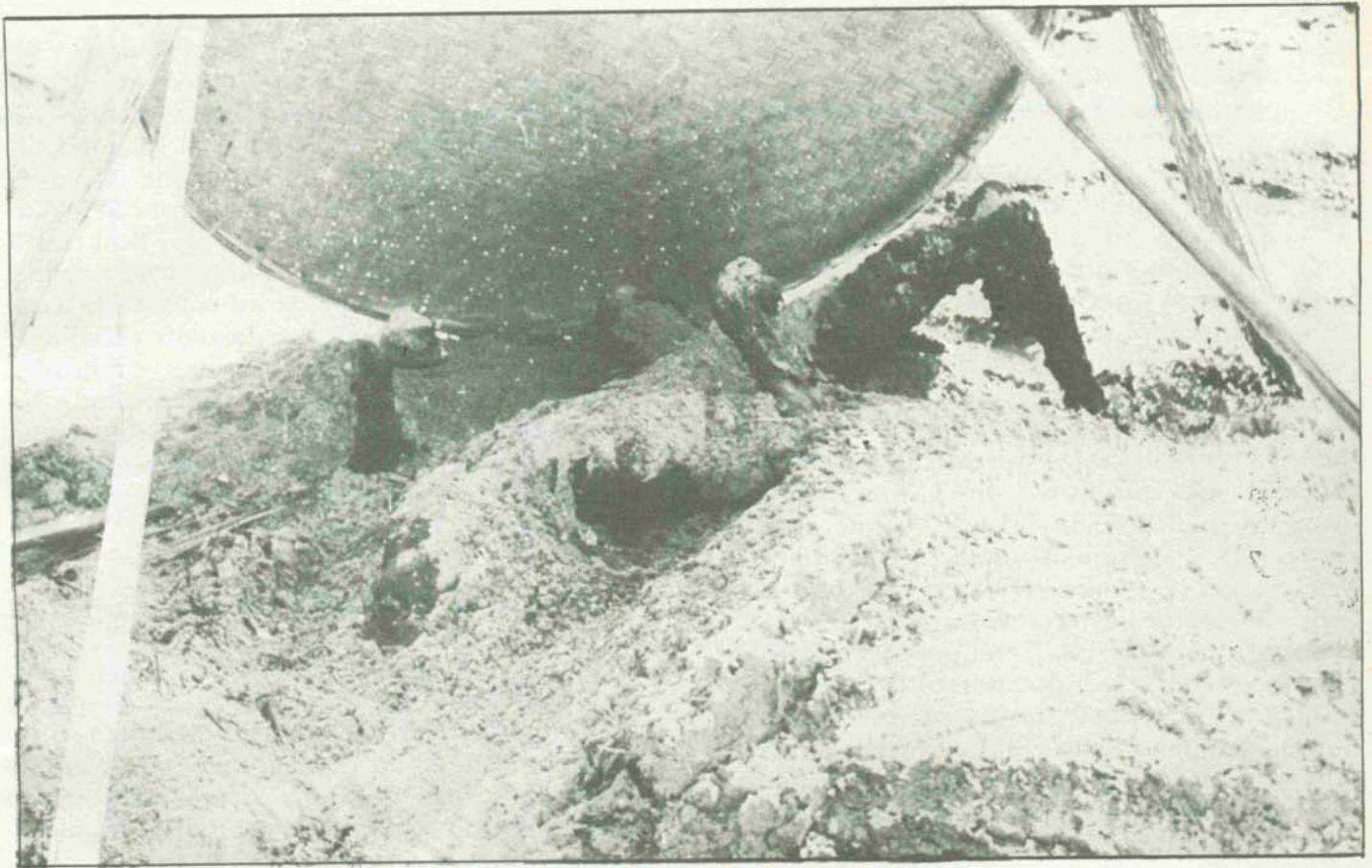
La matanza de My Lai

Félix Grande

EL 16 de marzo de 1976 se cumplió el octavo aniversario de la masacre de My Lai. El presente texto quiere recordar aquella matanza, pero sin caer en la trampa de considerarla una brutalidad aislada, sino lo que realmente fue: una de tantas vilezas que hicieron que a la agresión norteamericana al Viet-Nam se le pudiese llamar, con justicia y para siempre, «la guerra sucia».



Ese campo es sudvietnamita. Esa mujer es sudvietnamita. Su hijo, muerto, era sudvietnamita. El imperialismo yanqui trataba de justificar su genocidio en el Vietnam, asegurando que pretendía «liberar» Vietnam del Sur. La palabra «liberación» es muy hermosa. Los agresores le masacraron su sentido.



Esa macabra figura abrasada por el napalm, antes fue un hombre. El napalm estaba siendo utilizado en el Vietnam desde 1964, incluso contra los niños de las escuelas. En 1968 el Tribunal Russell presentó pruebas de esta infamia. El entonces vicepresidente de los Estados Unidos Spiro Agnew diría famosamente: «El napalm es una invención de la fantasía colectiva de los maricas izquierdistas, hippies y comunistoides.»

«MI NOMBRE ES PHAN THI PHONG»

«Mi nombre es Phan Thi Phong, tengo 29 años y soy del pueblo de Binh Duong, en la aldea de Kuan Nam. Soy superviviente de una matanza de las tropas extranjeras que invadieron mi aldea, pero en otras aldeas hay también gentes como yo a quienes ha pasado lo mismo. En 1969 en mi pueblo se llevaron a cabo tres acciones de exterminio. Era por la mañana (...) De pronto llegaron los aviones norteamericanos y empezaron a bombardear y ametrallar (...). Los refugios son túneles que tienen dos salidas. Atacaron entonces por las dos bocas: hicieron explotar granadas. Unos morían dentro por las bombas y otros, al salir, eran ametrallados (...). Varias familias murieron completas. Yo perdí a tres familiares. Entre las víctimas había un niño de cuatro meses (...). Los norteamericanos hicieron pasar los tanques por encima de los cadáveres (...). Cerca de este refugio había otro en el que hicieron lo mismo: en él murieron 35 personas, 25 adultos y 10 niños. Quemaron todas las casas y todo el ganado (...). Vi cómo querían obligar a un

hombre de 52 años a violar a dos jovencitas vietnamitas, y como este hombre no quiso y decía que eran sus nietas, lo fusilaron; después, cuatro soldados norteamericanos las violaron y las mataron con las bayonetas (...). Las aguas del río se volvieron rojas de tanta sangre (...). En este lugar, 21 mujeres fueron violadas. A una que estaba encinta la quisieron violar y como se resistió la golpearon y con la bayoneta le sacaron el feto (...). El 13 de abril mi pueblo fue atacado de nuevo. Tomaron parte en esta operación más de cien aviones (...). Obligaron a las gentes a que se colocaran en los cráteres abiertos por las bombas y disparaban contra ellas y después de muertos les lanzaban granadas y así sus cuerpos volaban hechos pedazos (...). En mi refugio lanzaron gases tóxicos y cuando nos veíamos obligados a salir éramos ametrallados. En este refugio había otro más profundo y una niña pequeña y yo nos escondimos en esta galería y así fue como nos salvamos; los demás murieron todos, pero yo quedé afectada de la vista y empecé a vomitar sangre. Tardé en perder el conocimiento (...). Mi ojo derecho está ciego y el izquierdo tiene un cincuenta por ciento de visibilidad a causa de los gases tóxicos.»

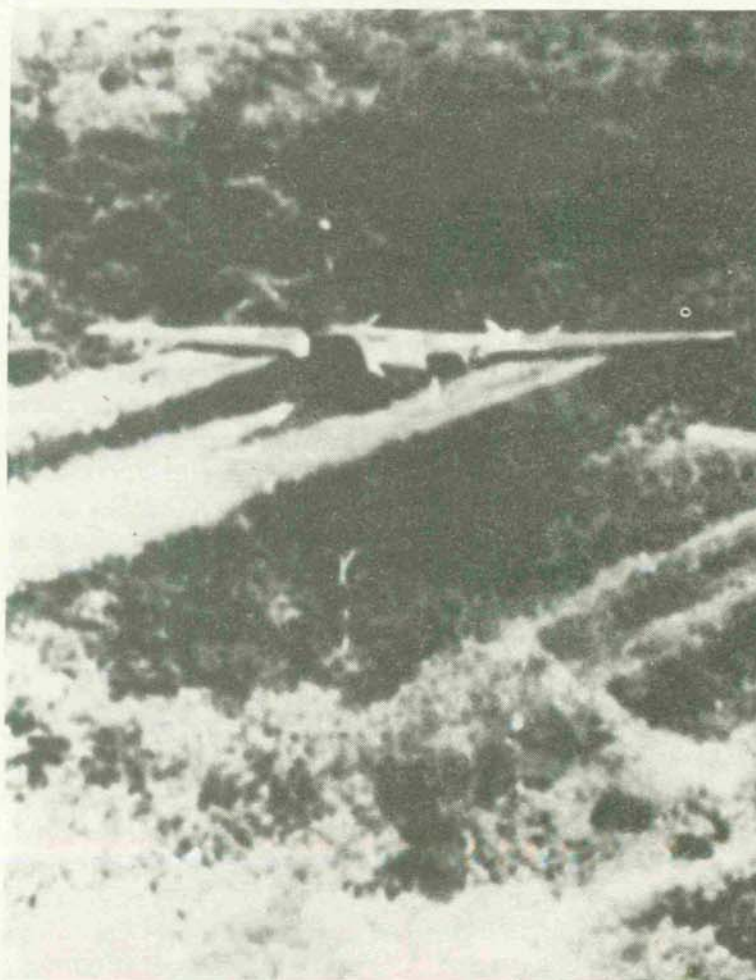
HUE: LA «CIUDAD ASESINADA»

¿Recordáis? A aquella se la llamó «la guerra sucia». Cuando nos asomamos a los abundantísimos informes como el que más arriba he transcrito, la expresión «guerra sucia», no obstante su fuerza expresiva, parece un eufemismo. ¿Pero cómo llamarla? ¿Repugnante? ¿Nauseabunda? Ante el tamaño de determinados horrores perpetrados por lo que llamamos, con pomposa pereza, seres humanos, el lenguaje puede disminuir hasta ser muy pequeño, menesteroso, residual. A no ser que resolvamos conferir a las cifras y a las imágenes esa fuerza poética que alcanza a mencionar siquiera a la mitad de la dimensión del horror. Cuenta Noam Chomsky que el fotógrafo David Douglas Duncan, especialista en fotografías de temas bélicos y con una larga experiencia profesional adquirida en la segunda Guerra Mundial, en Corea y en Argelia, confesó haber quedado «horrorizado ante los métodos empleados por los norteamericanos en sus ataques a Hué». En **Le Monde** del 13 de abril de 1968 Marc Rivoud contabiliza las víctimas de Hué: cuatro mil cien civiles muertos, cuatro mil quinientos con heridas graves, dieciocho mil casas seriamente dañadas o totalmente destruidas de las veinte mil que configuraban una ciudad a la que después se llamaría «ciudad asesinada»; el poeta argentino Enrique Molina nombró a Hué como a un «plato en donde cae sangre en vez de arroz». Bombas, furia, napalm, desprecio, obuses, prepotencia. El 20 de febrero de 1968 el **New York Times** informaba de que estaban siendo empleadas en las áreas fuertemente pobladas de Vietnam «bombas pesadas, proyectiles de aviación, cañoneo naval, gases lacrimógenos, napalm y todas las armas terrestres habituales». El Tribunal Russell presentó irrefutables pruebas sobre el destroz del napalm en los cuerpos de ancianos, de mujeres, de niños. Con inconmensurable cinismo, el entonces vicepresidente de los Estados Unidos, Spiro Agnew, se atrevió a segregar estas palabras: «El napalm es una invención de la fantasía colectiva de los maricas izquierdistas, hippies y comunistoides». Años después de esa viril hipocresía, a finales de 1972, el Instituto de Encuestas Gallup, tras entrevistar a millones de personas para confeccionar una lista de los

diez hombres más admirados del año, Spiro Agnew alcanzó un glorioso número siete. Y sin embargo, el mundo entero sabía ya que Agnew, a sus restantes mesuradas virtudes unía la de ser embustero: el napalm norteamericano estaba siendo empleado en Vietnam desde 1964: en una sesión del Tribunal Russell, un muchacho llamado Ho Van Bot, con el cuerpo desfigurado por quemaduras de napalm, testificó que el 8 de julio del 64 la aviación norteamericana bombardeó el colegio donde se encontraba, que en ese bombardeo murieron varios alumnos y que cuando los sobrevivientes acertaron a huir por entre los escombros seis aviones lanzaron bombas de napalm que alcanzaron a muchos niños: entre ellos Ho Van Bot, doce años.

LAS CIFRAS DEL SADISMO

Es complejo escribir sobre estas cosas. Cualquier psicoanalista indecente opinaría que en este tipo de crónicas hay componentes sadomasoquistas. Es que el lenguaje no sólo puede ser desvalido: en ocasiones puede ser también delincuente. La memoria y la voluntad de recordar estos horrores no son actos de masoquismo sino de compromiso, y el sadismo no



«En 1967 los Estados Unidos utilizaron en Vietnam una cantidad de herbicidas suficiente como para defoliar cuatrocientas mil hectáreas de terreno. A Nixon corresponde el deshonor de haber intensificado esa forma de destrucción salvaje.»

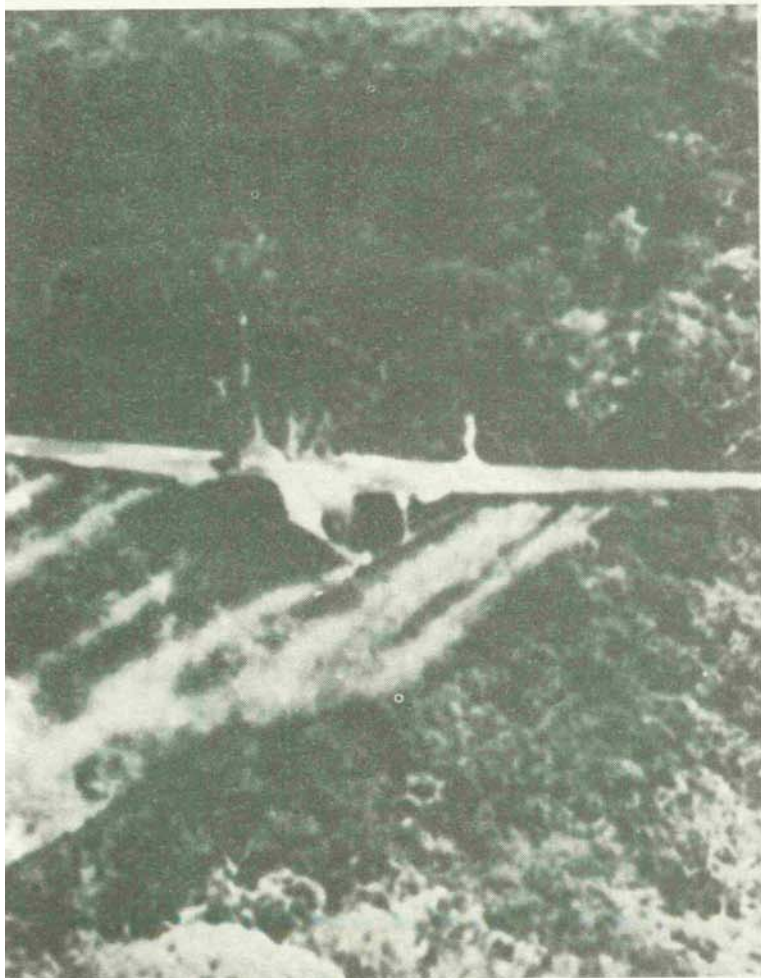
está en nuestra **Lexicon-80** sino en aquel premeditado genocidio. El sadismo está, por ejemplo, en un lema que haría famoso el coronel George Patton: «Encontrar a esos bastardos y hacerlos pedazos». Sadismo era arrojar al vacío a los vietcongs desde los helicópteros, deporte que llegó a ser cotidiano en aquella guerra siniestra. Cuenta el doctor Eric Bullff, de la Alemania Federal, profesor de la Facultad de Medicina de Hué desde 1961 a 1967, que los oficiales norteamericanos solían invitar a las enfermeras alemanas de un buque-hospital a participar en la caza del vietcong desde los helicópteros, «como distracción dominical». Por esas fechas (enero de 1967) la Revista **Ramparts** calculaba en doscientos cincuenta mil muertos y setecientos cincuenta mil heridos los niños víctimas de las agresiones norteamericanas.

La Guerra de Vietnam está llena de cifras horrendas, chirriantes. Todavía en 1967, el senador Edward Kennedy afirmaba que el número de civiles heridos mensualmente en Vietnam del Sur no bajaba de ciento cincuenta mil. Vietnam del Sur era la zona que los norteamericanos aseguraban estar liberando. Tan curiosa liberación costó cara a Vietnam del Sur: en 1971, el número de cráteres producidos por

bombas u obuses en los dos Vietnam se calculaba en veintiséis millones: cinco millones en el Norte, veintiún millones en el Sur. Cada cráter tiene 9 metros de diámetro. La superficie total dañada exclusivamente por este procedimiento es de ciento setenta mil hectáreas. Los explosivos empleados en esta cirugía geológica equivalen a cuatrocientas cincuenta bombas atómicas como la utilizada en Hiroshima. Hay cientos de miles de bombas en esos cráteres que pueden estallar en cualquier instante. Pero aún sin ellas, como escribe Pablo Berbén, «los trozos metálicos que hay en el suelo hieren a los bueyes y otros animales de trabajo y les producen enfermedades frecuentemente mortales, y también infecciosas, que pueden contagiar al resto del ganado». Y en las zonas craterizadas nunca será posible el cultivo de arroz. Sadismo es eso. Y recordarlo se llama obligación. De 1965 a 1969 cayeron sobre Indochina cuatro millones y medio de toneladas de bombas, únicamente en bombardeos aéreos: cantidad nueve veces superior a todas las bombas lanzadas en las operaciones del Pacífico durante la segunda Guerra Mundial, incluyendo las de Hiroshima y Nagasaki. Edward Herman, en su libro **Atrocities in Vietnam: Myths and Realities** (publicado en 1970) estimaba las bajas de civiles, sólo en Vietnam del Sur, en un millón de muertos y más de dos millones de heridos. Recordadlo de nuevo: Vietnam del Sur estaba siendo «liberada». Y recordad también a Dostoiewski: «Decididamente, no comprendo por qué es más glorioso bombardear con proyectiles una ciudad sitiada que asesinar a alguien a hachazos». Es que no es más glorioso. Por el contrario, es notablemente más vil. Tanto, que algunos traumatizados y decentes soldados norteamericanos tuvieron que escribir su desconsuelo, su perplejidad y su asco en lugares sumamente adecuados: las paredes de los retretes. Las autoridades blanqueaban constantemente esas paredes, pero las opiniones anónimas reaparecían una y otra vez, sin fin. Muchos de esos cronistas anónimos no encontrarían para su confusión y su repugnancia otra solución honorable que la de desertar de esa guerra asquerosa.

COPULA DE LA TECNICA Y EL ODIO

Porque no se trató sólo de bombas: el terror, el desprecio y la locura de los agresores no menospreciaron una lóbrega alianza con las fórmulas más asesinas de la técnica. Fueron utilizadas inmensas cantidades de defoliantes que, en busca de vietcongs escondidos en la vegetación, arrasaron más de dos millones de





Bertrand Russell. Cuando Dean Rusk, el «mediocre funcionario americano» (son palabras de Sartre), fue requerido por el Tribunal fundado por Russell, Rusk respondió que no pensaba «jugar con un viejo inglés de 94 años». Sartre propuso a Rusk que acudiese a jugar con otros intelectuales más jóvenes; por ejemplo, con él mismo. Rusk tampoco quiso jugar.

hectáreas de bosques (¿cuántos cadáveres se pudrieron en esos dos millones de hectáreas?). Sobre tales productos químicos escribe Pablo Berbén: «Los mismos aviadores encargados de lanzarlos y quienes los manejaban en los almacenes, estaban obligados a hacerse análisis de orina frecuentes, para observar si el arsénico contenido en el producto les había alcanzado». Cálculos serenos informan que el número de defoliantes lanzados sobre el Vietnam fue de sesenta y cuatro millones de litros. Sólo en 1967 los Estados Unidos utilizaron en Vietnam una cantidad de herbicidas suficiente como para defoliar cuatrocientas mil hectáreas de terreno. A Nixon corresponde el deshonor de haber intensificado esta forma de destrucción salvaje a la que se llamó la «guerra química»*. Durante la noche del 25 de octubre de 1969 los B-52 efectuaron nueve ataques en las provincias de Quang Tri y Quang Nam, vomitando más de mil toneladas de bombas. Informa Chomsky que esa noche los bombardeos «mataron a 300 personas, hirieron a 236, incendiaron 564 casas y dañaron cientos de hectáreas de campos y huertos». Por esas mismas fechas la aviación norteamericana lanzó varias decenas de miles de latas de CS, los helicópteros escupieron miles de

(*) Entre los productos que el Pentágono tiene almacenados a la expectativa de una guerra biológica hay una toxina llamada botúlica. «Se dice que la toxina botúlica produce la muerte de un individuo con una dosis de 0,12 millonésima de gramo; quinientos gramos acabarían con la humanidad entera, bien administrados. En el arsenal de Pine Bluff, Arkansas, hay almacenados doscientos mil proyectiles cargados con toxina botúlica, y otros con otras toxinas igualmente venenosas.» («Triunfo», núm. 398. Enero, 1970.)

bombas tóxicas sobre las aldeas y los cañones dispararon más de cinco mil proyectiles a gas sobre una población de sólo mil personas. Bombas «convencionales», gases tóxicos, defoliantes, violaciones, bayonetas y todo lujo de furia paranoica.

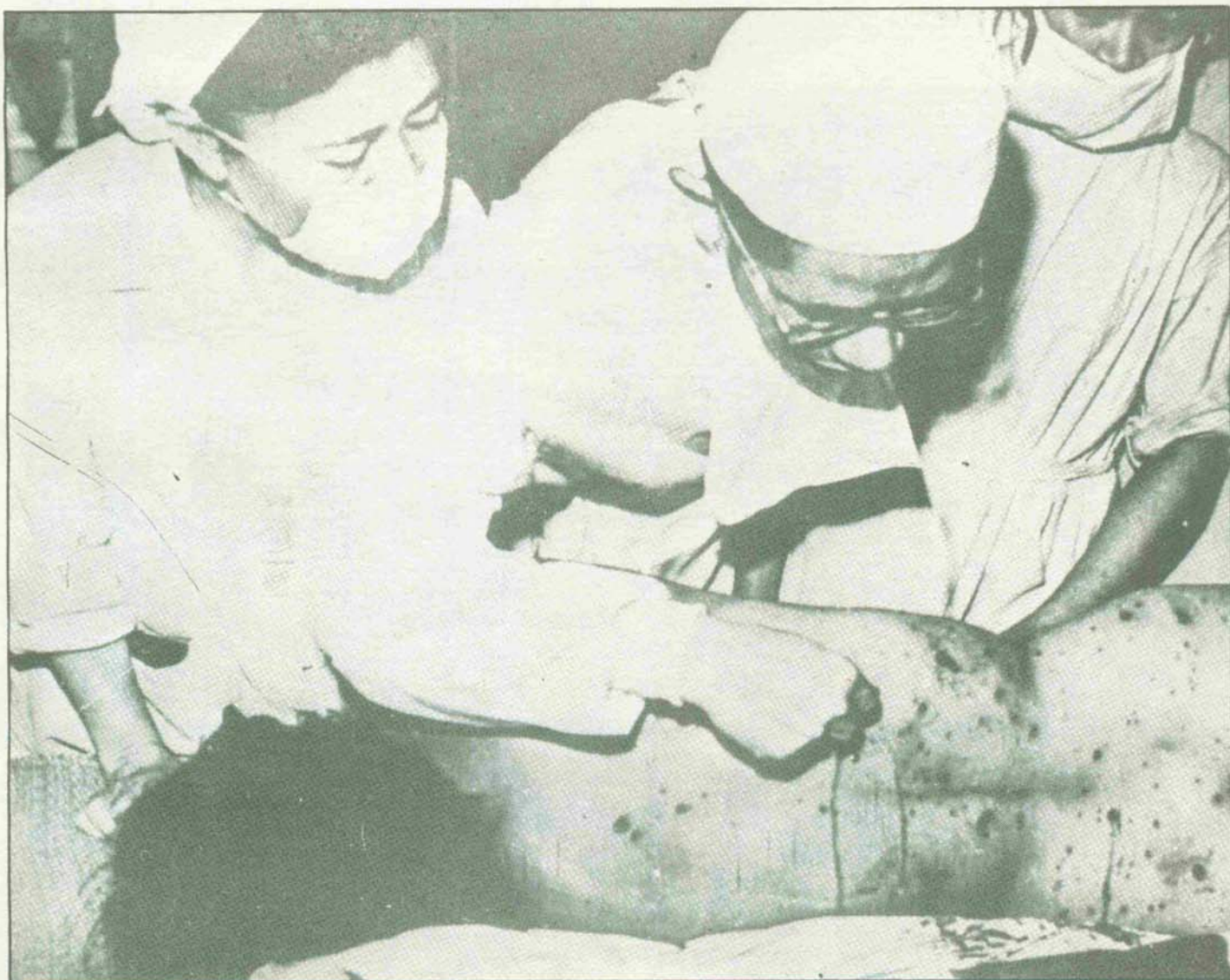
Pero no basta. La **Lexicon-80** se obstina en mencionar otra alianza del sadismo y la tecnología norteamericanos: de pronto empezaron a ser empleadas las llamadas bombas de bolas. Son artefactos de envoltura metálica dentro de la cual van encajadas unas trescientas bolas de acero de unos seis milímetros de diámetro. Pueden llevar también una carga de agujas en número de varios centenares. Su poder destructivo es prácticamente nulo en objetivos de guerra, pero su poder mortífero contra seres humanos es excepcional. Cuando el Tribunal Russell pidió a Dean Rusk que asistiese a una de las sesiones para conversar sobre ese ingenio exclusivamente inventado para destrozarse seres, el Sr. Rusk respondió con una frase memorable: dijo que no pensaba «jugar con un viejo inglés de 94 años». No menos memorablemente, pero con distinta moral, Jean Paul Sartre escribió: «Cuando ese viejo inglés es Lord Russell, el más famoso de los pensadores británicos, y cuando el hombre serio que se niega a perder el tiempo con él es un mediocre funcionario americano, la respuesta que acabo de referir adquiere especial sabor. No sé si Mr. Dean Rusk, una vez en presencia de Lord Russell, 'jugaría' con él, o si, más bien, no sería Russell quien se burlase de los miserables argumentos con los que Mr. Rusk acostumbra divertir a la Prensa. Por lo

demás, si sólo se trata de una cuestión de edad, somos aquí muchos los que, sin querer rivalizar con Lord Russell, no hemos pasado los límites fijados por Mr. Rusk y nos sería muy grato discutir públicamente con él». Mr. Rusk no condescendió a discutir sobre las famosas bombas de bolas. Podemos pensar que sabía mucho más sobre ese tema que el Tribunal Russell. Y mucho menos que las víctimas de ese minucioso artefacto de muerte.

NIXON: EL MAS ADMIRADO

Otra ingeniosa arma destinada al genocidio fue un compuesto de cristales de yoduro de plata o de sal gorda. Toneladas de esas «brillantes lentejuelas», lanzadas por los B-52 desde 15.500 metros de altura, al entrar en contacto con las nubes desencadenaban enormes lluvias que provocaron vesánicas riadas. Mediante esta guerra climatológica fueron borradas del Vietnam abundantes al-

deas: con todos sus habitantes. En su origen, a esa forma de genocidio se le llamó Operación «Popeye», y más tarde, utilizada de manera más vasta, llevaría el delicado nombre de «Nilo Azul». Se trataba de provocar desbordamientos de ríos y torrentes de modo que los diques, previamente minados por los bombardeos, se vinieran abajo. El objetivo era inundar la llanura de Tonkin, donde más de un millón de vietnamitas podían morir ahogados. Cuando el Secretario General de las Naciones Unidas, Kurt Waldheim, manifestó su preocupación sobre los bombardeos norteamericanos a los diques de Vietnam del Norte, Nixón acusó a Waldheim de haber sido manipulado por la propaganda comunista y, tranquilamente, añadió: «Si quisiéramos podríamos aniquilar a los vietnamitas, o por lo menos a una parte significativa de ellos, en una semana». Se refería a que, llevando hasta el final la serie de bombardeos de los diques de Vietnam del Norte, quince de los veintidós



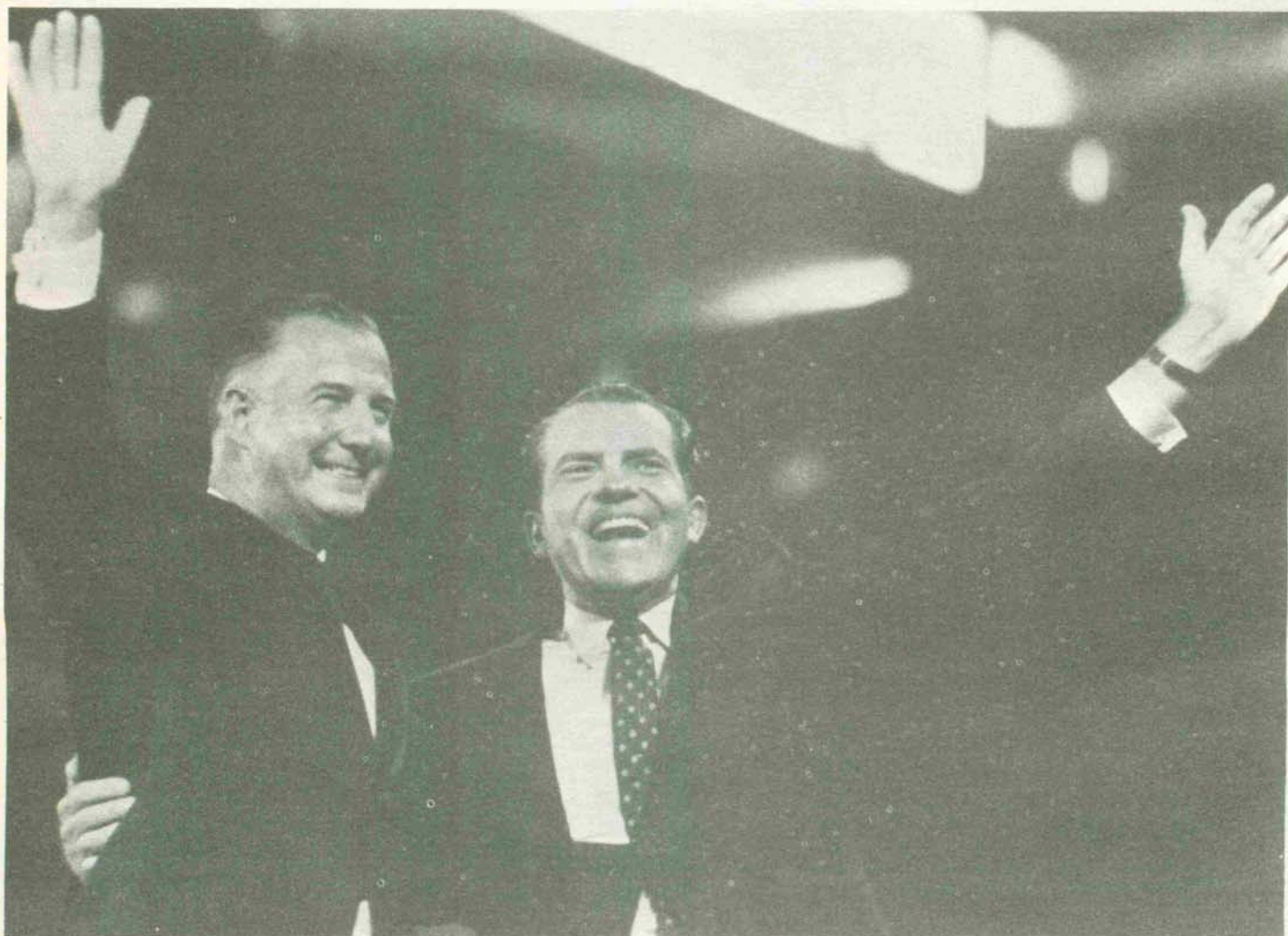
Operación de urgencia a un herido por una bomba de fragmentación. Este ingenio, prácticamente inofensivo en cuanto a objetivos bélicos, fue especialmente inventado contra la carne humana.

millones de habitantes de ese país desaparecerían ahogados en pocos días. El secretario de Defensa, Melvin Laird, acusó a los nordvietnamitas de que las inundaciones se producían no como consecuencia de los «infundados e inexistentes» bombardeos norteamericanos, sino debido a que las autoridades de Hanoi no prestaban suficiente atención a la reparación del sistema hidráulico. De donde se deduce que una de las armas utilizadas en aquella guerra se llamaba cinismo. En cuanto al cinismo particular de Nixon, anotemos que en la encuesta citada más arriba, el primero de los diez hombres más admirados en Norteamérica durante el año 1972 fue precisamente ese presidente que poco después sería expulsado de su cargo por delincuente.

MY LAI

He querido ilustrar con estos datos generales de aquella guerra miserable un suceso letal,

del que hace poco se cumplió su octavo aniversario. En la mañana del 16 de marzo de 1968 el teniente William Calley ordenó colocar una ametralladora frente a las cabañas que formaban el poblado de My Lai. Los cronistas dudan entre la cifra de cuatrocientos a seiscientos muertos. Un reportaje fotográfico de aquella masacre (recordadlo: sólo una de tantas) dio la vuelta al mundo. Cuando **Life** publicó aquellas fotografías recibió escandalizadas y pudorosas cartas de protesta debido a que cierta cantidad de cadáveres estaban desnudos. Imposible imaginar una más depravada pudicia. Parte de la conciencia norteamericana era insensible a la masacre, pero no carecía de una ruín moral sexual. Aquella mañana de marzo del 68 la Compañía «Charlie», sin encontrar ninguna resistencia, torturó ancianos, violó mujeres, arrojó niños agonizantes a una zanja de desagüe e hizo ejercicios de tiro con los habitantes de My Lai y con el ganado. Algunos de aquellos bizarros soldados reían a carcajadas. Otros no. El soldado



«A finales de 1972, según el Instituto de Encuestas «Gallup», tras entrevistar a millones de personas para confeccionar una lista de los diez hombres más admirados del año, Spiro Agnew alcanzó un glorioso número siete». Huelga decirlo: el número uno en esa lista de norteamericanos admirables fue Richard Nixon. (En la fotografía, ambos políticos en 1968.)

Teniente William Calley, el mayor responsable de la masacre de My Lai. Cuando Calley fue juzgado, un veterano de guerra norteamericano se dolió de que por primera vez en la historia de su país un militar hubiera sido condenado «por cumplir con su deber». (Imposible imaginar un mayor insulto contra los militares.) Calley fue puesto en libertad el 27 de febrero de 1974.



Roy Wood se apartó a vomitar. El soldado Paul Meadice se honró al no poder reprimir los sollozos. El soldado Herb Carter se disparó un tiro en un pie, enloquecido de horror y de impotencia. Pero muchos otros reían y discutían vócerferantes sobre cuál de ellos había matado más aldeanos. El parte oficial aseguró que en la operación habían muerto 128 guerrilleros vietcongs (lo cual era mentira). El general Westmoreland felicitó a la Compañía «Charlie» por esta heroica acción.

CALLEY, EL HEROE

El teniente Calley fue acusado de asesinar a sangre fría a veintidós mujeres, ancianos y niños de My Lai. En 1971, después de cuatro meses de indecisión, un tribunal lo consideró culpable de asesinato premeditado. Una encuesta de la organización Gallup sobre este veredicto mostró que el 79 por ciento de los encuestados desaprobaban la decisión del

juez. En la Casa Blanca se recibieron cien mil telegramas protestando por la condena. El gobernador de Indiana ordenó que las banderas ondeasen a media asta. Spiro Agnew emitió una reflexión asombrosamente profunda: dijo que las decisiones tomadas durante el fragor del combate no deberían ser enjuiciadas del mismo modo que las decisiones alejadas de los escenarios de guerra —lo que no precisó es cómo habría que juzgar ciertas decisiones bélicas tomadas sobre una mesa de despacho*. Nueve legislaturas estatales pre-

(*) Los periodistas Judith Coburn y Geoffrey Cowan, en un reportaje publicado en 1970, escribieron: «Si Tojo puede ser sentenciado a la pena capital por un tribunal norteamericano de crímenes de guerra por llevar al Japón a una 'guerra de agresión', ¿por qué el único castigo para un presidente de los EE. UU. es que sea excluido por elección de su cargo mientras que su secretario de Defensa cumple un seguro plazo como presidente del Banco Mundial?» A su vez, Chomsky se extraña del hecho de que los responsables de las matanzas de vietnamitas y de la destrucción del país no sean encarcelados «ni que se apliquen a la población norteamericana métodos de 'desnazificación' del estilo de aquellos aplicados contra trece millones de alemanes de la zona de ocupación estadounidense».



«...un volumen tan inmenso de odio como el de los Calley de este mundo...» (En la fotografía, el sargento Gannon, exhibiendo orgullosamente dos cabezas de vietcongs. Gannon ocupa hoy en Mississippi un cargo de consultor de la Guardia Nacional.)

sentaron resoluciones pidiendo la inmediata liberación del teniente Calley. Un primer teniente de Fort Carson (Colorado) protestó contra la condena diciendo que si esa era la manera de honrar a los soldados en el campo de batalla nunca más apretaría un gatillo: curiosa amenaza. La noche siguiente a la declaración de culpabilidad de Calley, cien norteamericanos, soldados en su mayoría, se reunieron en Columbus (Georgia) y se manifestaron ante la prisión militar exigiendo la libertad para el detenido. Una encuesta sobre la condena de cadena perpetua contra Calley mostró que el 81 por ciento de los encuestados encontraban a la justicia «demasiado severa». Un veterano de guerra aseguró que había habido sucesos como el de My Lai en todas las contiendas y agregó que por primera vez en la historia norteamericana había sido juzgado un militar por cumplir con su deber. (¿Cabe mayor insulto a los militares?). Audie Murphie que había matado doscientos cuarenta alemanes en la segunda Guerra Mundial, mostró su misericordia (y su ira) diciendo que se encontraba «afligido y escandalizado». El gobernador de Georgia proclamó el «Día del Combatiente Norteamericano» y pidió a los ciudadanos de su Estado que se manifestasen en sus automóviles con las luces encendidas. Nació un conjunto vocal en Alabama con el nombre de «Compañía Charlie»: ese curioso orfeón compuso el «Himno de guerra del te-

niente Calley». El capitán Ernesto Medina, acusado de dos muertes concretas en My Lai y de ser responsable, por lo menos, de otras cien muertes en ese mismo matadero, opinó que el veredicto había sido muy duro, muy severo. Cuando el presidente Nixon decidió poner en libertad al teniente Calley durante los trámites de apelación, una nueva encuesta mostraba que el 83 por ciento de los encuestados aprobaban la decisión de Nixon. Un miembro de una junta de reclutamiento de Georgia se ofreció a cumplir un simbólico día de trabajo Forzado en nombre de Calley. Esa filantropía resultó innecesaria: el 27 de febrero de 1974 el teniente William Calley fue puesto en libertad bajo fianza.

HUERTO DE LOCOS

Más miedo que el delirio homicida del teniente Calley nos debe producir el clamor de adhesión de sus compatriotas. Nunca he sido partidario de la pena de muerte. Espero no enloquecer jamás, para poder continuar siendo partidario de la abolición de la pena de muerte. Ni siquiera soy partidario de la pena de privación de libertad. Pienso que sobran la silla eléctrica, la guillotina, el garrote vil, el fusilamiento, las cárceles: las venganzas. Pienso que un volumen tan inmenso de odio como el de los Calley de este mundo, norteamericanos o no, no puede ser neutralizado con la violencia y el castigo, sino con el asombro, la serenidad y hasta la compasión. Esa clase de loco, además de un asesino es, sin duda, un enfermo. Es obvio: no es posible curar a tantos Calley uno por uno: hay que curar la cultura que los produce. El terror, el sadismo, la ignominia de muchos individuos no son sino la proyección del terror, el sadismo, la ignominia de una civilización putrefacta y maltrecha. La tarea no consiste en cargar de cadenas a unos enfermos, hinchar de píldoras sedantes a otros y acumular leyes más o menos temibles. Desgraciadamente, la tarea es más lenta y más voluminosa. ¿Pero cómo cumplirla? No lo sé. Juro que no lo sé. Encarcelar a Calley fue relativamente sencillo —aunque menos sencillo que restituirle la libertad—. Arrasar el huerto donde crecen los Calley es algo mucho más complejo. Encerrar a los locos es un acto insuficiente (aparte de que se suele encerrar a los locos más inofensivos). Transformar a este inmenso manicomio en que está convirtiéndose nuestra agresiva y crispada cultura en un lugar siquiera moderadamente habitable es tal vez una cuestión de siglos.

Me consta que estas últimas frases tienen un sonido demasiado melódico. La razón, en

principio, es muy simple: yo no soy vietnamita. Probablemente, cualquier vietnamita tiene derecho a odiar a Calley y a despreciar estas últimas frases. Pero quiero agregar que esas últimas frases tampoco me definen por entero. Soy hijo de una cultura enferma, estoy enfermo: y no soy incapaz de odiar. Sueño con un mundo sereno lleno de seres con los ojos limpios, pero entre tanto, no desconozco mi capacidad de terror y de cólera. A mi corazón le consta que la violencia no es buen procedimiento para marchar hacia un mundo razonablemente feliz, pero todo cuanto mi corazón contiene de ese agrio caldo de neurosis que es nuestra época me recuerda que el futuro está lejos y que el presente está delante de nosotros, mirándonos en forma de tremenda interrogación. Con odio a nuestro odio, con rencor por nuestro rencor, con irritación contra nuestro miedo, sé muy bien que, además de sueños, en nuestro corazón hay habitantes igualmente legítimos: y se llaman obligaciones. Que cada cual las cumpla como pueda. Por mi parte no he ignorado ni un solo momento que una de mis obligaciones era ordenar algunos párrafos sobre aquella guerra inmunda, sobre aquel genocidio bárbaro y, más módicamente, sobre

aquella mañana inverosímil del 16 de marzo de 1968. Sentí la necesidad de cumplir con este deber cuando leí (*Gaceta Ilustrada*, 15 de febrero de 1976) una noticia pavorosa: el espantoso enfermo William Calley ha hecho un negocio prodigioso con aquella masacre: ha efectuado una gira de conferencias por media Norteamérica. Presumiblemente, con éxito. Por cada conferencia cobró la suma de ciento cincuenta mil pesetas. O dicho de otro modo: aquella guerra sucia continúa resultando asquerosa. Una vez más: no creo en la escalada del rencor y de la venganza. Pero me niego a desobedecer a la moral de la memoria. Desde la enfermedad de nuestro siglo, Calley es un enfermo. Desde el silencio de My Lai, Calley es un asesino. Quienes le aplauden en sus conferencias, ¿qué son?, ¿a qué especie pertenecen? Si no pensamos que son, sencillamente, homicidas en potencia, ¿a qué cochina especie perteneceríamos nosotros? La meditación final es muy sencilla: ante la brutalidad, la violencia, la barbarie, la peste de los prepotentes, más y antes que terror debemos sentir cólera. Una cólera larga, reflexionada, rigurosa. ¿No debemos siquiera eso a aquellos pobrecitos asesinados en My Lai? ■ F. G.



Una pequeña parte de los asesinados en My Lai el 16 de marzo de 1968. El general Westmoreland felicitó a la Compañía «Charlie» por su heroísmo en esta matanza de campesinos indefensos.